

VII.

La última hora.

Estaba convencida de que concluiría con el año ; se sorprendió, pues , de vivir el 1.º de Enero , después el 2 y después el 3.

Pero murió este día.

De todas partes venían aún para ofrecerle la salvación ; una gran señora le envió una nodriza para que la alimentara, en el mismo momento en que su médico le hablaba de la transfusión de la sangre.

—Todas esas personas (murmuró ella) no saben que digo como Mirabeau : *¡dormir!* ¡De tal modo padezco el mal de la vida!

Aunque tomaba la muerte en serio, solían brillar en ella algunos destellos de alegría.

Solía burlarse de los médicos con picarescos gestos. Reía y lloraba , según escribía Valía á Julio Janin.

Valía fué dulce para ella hasta el último momento, así como ella fué dulcemente hacia la muerte. Algún día se encontrará una carta de

Valía, en la que refiere hora por hora aquella fúnebre jornada. Poco después del mediodía, evocó aún todas las imágenes del pasado; pero, al mismo tiempo, veía más distintamente las figuras queridas de los seres que la habían precedido en aquel último viaje; le parecía que Lili la iba á buscar. Dijo á Valía muchas veces: «¿No la ves inclinada á los piés de la cama? Tengo más frío, porque ella está helada.»

Esther no podía ya casi hablar, cuando dijo á su hermana:

—Estoy contenta de morir en domingo; es triste vivir un lunes.

Todavía le habló algunas palabras más.

—¿Por qué promete Dios á sus escogidos la estrella matutina? Yo no conozco esa estrella, porque nunca he visto despuntar la aurora: no conozco más que la estrella de la tarde.

Valía respondió, sin saber qué decía:

—La estrella matutina es la resurrección.

Esther pareció satisfecha con esta respuesta, y volvió á caer en su sueño.

Había subido hasta lo alto de la montaña por un camino lleno de flores, y sabía que el reverso es siempre triste; había amado los Alpes por el lado del sol; ¿á qué descender por el de las nieves eternas? Después de la segunda juventud, no hay más que avalanchas y precipicios: la quimera, enganchada al carro de fuego que nos

arrastra por los senderos encantadores y perfumados, se destroza la cabeza con las agudas rocas de las cumbres; nunca descende por la otra vertiente, toda poblada de tumbas, en donde sólo se escucha el canto de la desesperación.

El último médico que la asistió escribía:

«Espiró á las once de la mañana. La muerte la fué cubriendo con su manto poco á poco, así como la tempestad va envolviendo el cielo lentamente. Se había preparado á morir, y había arreglado los detalles de sus funerales. En el momento supremo, la fuerza misma del sufrimiento hizo colorear su semblante. Aún estaba todavía bella, cuando oía resonar en la vecina habitación los cánticos de la agonía de los sacerdotes de Israel; su mirada, tan inteligente, resplandecía de reconocimiento y de ternura inefable. Apenas había lanzado el último suspiro, cuando el cielo, despejado hasta entonces, se cubrió de nubes. Á la luz de los relámpagos fué como su hermana Valía y su fiel criada Rosa la contemplaron por última vez.»

El día de sus funerales fué de duelo para todo París. La enterraron en el cementerio de los judíos, porque pensaron que le sería agradable volver á encontrar á su querida Lili; aquella

segunda Esther, á quien había comunicado el fuego de su alma.

Los literatos y los poetas la aclamaron durante una semana. Los más conocidos, Julio Janin, Teófilo Gautier y Pablo de Saint-Víctor, saludaron con sublime elocuencia á la que había partido para nunca más volver.

Existe un libro de Julio Janin, escrito en loor de Esther; se imprimieron las hermosas páginas de Teófilo Gautier; no faltaron más que las de Pablo de Saint-Víctor, ese creador de hermosas imágenes, que cayeron en el olvido. Pero la luz desafía las tinieblas. Pablo de Saint-Víctor dijo: «Se ha llevado con ella la llave de un templo, el secreto de un santuario, el destino de un arte. Esther se ha extinguido en todo el esplendor de su genio y de su belleza. Ha dejado la pura impresión de una obra maestra destruída; su rápida existencia ha sido una oda en acción; toda ella se pasó en medio de los triunfos, de palmas y de coronas. Había sujetado el hipogrifo alado al carro de la tragedia, que nos presenta la antigüedad arrastrado en su origen por dos bueyes. Tuvo el prestigio de una aparición. Ha muerto con la misma gracia con que hacía morir en la escena á las víctimas de la poesía. ¡Pobre mujer! ¡Cuántas veces murió antes de morir, repitiendo su verdadera agonía, que tan cerca se hallaba! Todavía me parece ver la sublime y

aterradora expresión que expresaba lo inefable, que figuraba lo invisible, que mostraba el desvanecimiento del alma; ella representaba con el aguijón de la muerte, y la última vez que apareció en escena fué para ensayar en el teatro el sudario que tan pronto había de vestir.

» La única y sagrada belleza de la cual era Esther la expresión, será bien pronto relegada á las bibliotecas y museos, porque el ideal ha desaparecido de la literatura.»

Y para concluir, exclama Saint-Víctor:

«Que un eterno recuerdo sobreviva á la noble mujer que moduló la última queja y derramó la última lágrima de la Musa antigua.»

La desgraciada nueva hirió todos los corazones. Cuando una gran figura desaparece, París entero llora la pérdida, porque es una estrella menos. La gran ciudad llora, como una madre de familia, á todos sus gloriosos hijos.

Valía condujo piadosamente á su hermana, que iba reclinada en el ataúd, hablándola todavía, como si fuera posible que la oyera, porque creía que los muertos no son muertos.

Al llegar á París, los amigos de la casa fueron con la familia á saludar aquel féretro; pero ella había partido para no volver jamás!

El día de los funerales, el Teatro Francés cerró sus puertas: ¡los otros teatros las abrieron,

pero con bien pocos espectadores en sus entristecidas salas!

Los amigos íntimos que, como yo, recordaban el ataúd de terciopelo negro que había asustado á Esther bajo uno de los arcos de la Plaza Real, sintieron latir su corazón violentamente al ver el féretro de Esther todo vestido de terciopelo negro y completamente cubierto de flores. Valía no había olvidado la historia.

Por el gran salón se vieron pasar todos aquellos que son honra de las letras y las artes: desde el primero hasta el último sintieron que un alma grande había desaparecido.

Para ir de la casa mortuoria al Padre Lachaise, el cortejo recordaba las glorias antiguas; parecía que Schylo y Sóphocles, Corneille y Racine iban á los lados del fúnebre carro.

Shakespeare también estaba allí, ese soberano maestro que ha creado el drama moderno por la fuerza de la verdad, pues que la comedia está siempre en la tragedia.

Veamos si no un ejemplo.

Delante de la abierta tumba, el gran rabino hacía prodigios de bíblica elocuencia para hablar de aquella hija de Israel que iba á descansar de los heroismos del genio en la misericordia del Dios terrible y bueno.

Le embargó la emoción, y tuvo que recogerse unos instantes antes de continuar.

Entonces fué cuando uno de los dos comerciantes alborotadores que manejan los millones de los demás creyendo que son suyos, dijo al oído del gran rabino las siguientes palabras, que, por estar muy próximo á ellos, pude oír perfectamente:

—¿Ha vendido V. su Crédito mobiliario?
Cambió la fisonomía del santo varón.

—No; ¿por qué?

—Es que ya no es tiempo. ¡Ha bajado cien francos!

—Debía V. haberme prevenido ayer. ¡Eso es desolador!

Á continuación de estas palabras, volvió á recobrar su rostro la devota expresión para continuar su discurso. Era cosa que hacía llorar hasta á las piedras del sepulcro.